

# LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 3 de

Octubre de 1889

**Precios de Suscripción.**  
Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

**REDACCION Y ADMINISTRACION**  
Plaza del Sol 5, bajos,  
y calle del Cañon 9, principal.  
**SE PUBLICA LOS JUEVES**

**Puntos de Suscripción**  
En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

**SUMARIO.**—¿Quién le habló?—Los espiritus nunca se someten.—A Giordano Bruno.

## ¿QUIÉN LE HABLÓ?

Días atrás reuniéronse en mi gabinete varias personas entre las cuales reinaba tal diversidad de pareceres y de opiniones políticas y religiosas, que de una conversación agradable, se pasó insensiblemente á la discusión más apasionada, pues cada uno defendía su ideal ó su credo, con tal calor y entusiasmo, que no parecía sino que estábamos en un congreso de diputados ó en algún concilio ecuménico.

Entre los concurrentes, solo una mujer guardaba silencio: era Inés de Leiva, que había venido á contarme sus penas y sus perplejidades (como de costumbre,) y se había quedado desagradablemente sorprendida al verme rodeada de *tirios* y *troyanos* que disputaban acoloradamente.

Los unos negaban en absoluto, la existencia del alma, los otros creían buena-mente que sin confesar siquiera una vez por semana no se podía entrar en el reino de los cielos, y entre tan opuestísimos modos de pensar, solo Inés no emitía su opinión. Su silencio llamó la atención, pues como su rostro revela una gran inteligencia y sus ojos son por extremo expresivos, nadie se explicaba cómo no tomaba parte en la discusión general.

—Y usted, señora, ¿qué dice? ¿á qué bando pertenece? ¿á la religión ó al racionalismo?—le preguntó un materialista.

—A ninguno de los dos: soy... indiferente.

—Imposible, señora; eso no puede ser de ningún modo; aunque lo jure no lo creo. Sus ojos demuestran al más topo que no rueda usted por el mundo como una hoja seca sin saber dónde detenerse. Usted indudablemente se detiene en alguna parte para rezar fervorosamente ó para estudiar con provecho. Para usted, los términos medios no existen.

—Si hubiera usted dicho que me detenía en algún sitio para llorar, hubiera estado en lo cierto.

—Eso es capítulo aparte señora. Su luengo manto y el negro crespon que envuelve su cabeza demuestran claramente que ha perdido V. un ser muy querido; y lo demuestra más que el luto exterior, el dolor retratado en su semblante, pero el dolor, señora, ni es una religión ni es un ideal político ó religioso; y bien se puede llorar ante una tumba aceptando *la nada* como fin de todo lo creado, ó esperar en un cielo habitado por seráficas legiones, preferir un monarca absoluto ó



el sistema gubernativo del porvenir, la república. El llanto por amargo que sea, no excluye nunca la facultad de pensar, escojer y preferir.

—Es cierto; pero cuando el dolor avasalla por completo, cuando se apodera en absoluto de nuestro sér, él constituye nuestro culto, nuestra religion, nuestra filosofía, y fuera de su pequeño círculo la vida no tiene ningun objetivo.

—Romanticismo puro, señora.

—Pues crea usted que nunca he sido romántica;—contestó Inés con marcada altivez.

—En fin, yo estoy persuadido de que usted cree en algo. ¿Qué juicio ha formado de cuanto aquí se ha dicho?

—No he perdido ni una sola frase de las que en este lugar se han proferido, y lo único que he sacado en limpio de la discusión, es la dificultad de encontrar la verdad. Yo la busco con tenaz empeño algunas veces; en otras ocasiones me cruzo de brazos,—*«y el mundo en tanto sin cesar navega por el piélago inmenso del vacío.»* Y mientras más me pregunto: ¿qué es el alma? ¿qué papel representa después de la muerte del cuerpo? menos satisfactorios son los resultados de mis indagaciones; pues siempre tropiezo con algo incompensible que no puedo definir. Hoy mismo he venido á ver á Amalia para preguntarle quién me habló la última vez que estuve en el cementerio á dejar un ramo de flores sobre la tumba de mi inolvidable Jaime.

—Su contestacion ya es cosa sabida: le dirá á usted que le habló un alma del otro mundo;—replicó el materialista, riéndose alegremente,—y yo le diré que usted misma fué la que se habló: el silencio, la soledad, la tristeza de aquel paraje que convida necesariamente á la meditación; los melancólicos recuerdos de un pasado quizá venturoso; ese Jaime que ha nombrado y que tal vez fué su esposo hoy perdido para siempre; todas esas reflexiones exaltan la fantasía, y ya en este terreno, la propia voz tiene ecos y resonancias de todas las voces imaginables.

—¡Ah! no; estoy segura de que álguien independiente de mí, álguien extraño á mi entendimiento y á mi voluntad, me habló en el cementerio.

—Pues, ¿qué le pasó, Inés?—le pregunté estrechando su mano entre las mias.—Cuéntenos lo que le aconteció. Mis amigos tendrán diversas opiniones en política y en religion; pero son tolerantes como personas ilustradas y de educación esmerada, y ninguno ridiculizará lo que usted diga.

—Lo creo. Y hasta me complazco en contar á otros lo que á mí me preocupa, para ver si en sus opiniones hallo un rayo de luz, ya que en mi cerebro no hallo mas que tinieblas.

Ya saben ustedes que ignoro lo que soy respecto á creencias religiosas. Reñí con los Cristos, las Vírgenes y los Santos, cuando les pedí inútilmente la vida de mi inolvidable esposo, de mi amadísimo Jaime: ni oír misas, ni vestir hábitos me sirvieron para detener en la tierra al que era el alma de mi alma, el amado de mi corazón. Acudí á los espiritistas para que evocaran al espíritu que había sido la vida de mi vida, y no encontré en las llamadas comunicaciones nada concreto, nada individual, todo era abstracto, indeterminado. Consulté con los materialistas, y éstos me hablaron de la renovación eterna, de la evolución de los átomos, de la cohesión de las moléculas y de la pérdida de los afectos y de los recuerdos: el fatalismo de sus leyes destruyendo todo lo más noble de nuestro sér, no me seduce. No acaricio, pues, en realidad, ningún ideal religioso ó filosófico. Voy con frecuencia al cementerio; leo cien y cien veces el nombre de mi marido, grabado en la lápida de su tumba, y exclamo:—¿Por qué no me contestas si es que existes?... ¡Y nunca me ha contestado.



Hace pocos días,—prosiguió Inés,—fui á la mansion del reposo: cuando llegué ante el sepulcro de mi marido iba fatigada, rendida. En busca de apoyo, enlacé mi brazo izquierdo á un ciprés inmediato á la sepultura y apoyé la cabeza en su tronco. Refiero estas minuciosidades, para que se vea que permanecí de pié; que no fué cosa de sentarme, dormir y soñar, no; estaba bien despierta. Dirigí mis miradas á la lápida y después al mar que en lontananza se unía con el cielo, y pensé con amarga tristeza.—¡Tras de esa atmósfera azulada lo desconocido, lo incomprendible; tras de esa piedra labrada, también lo desconocido, también lo incomprendible: lo único que no me deja dudas es mi profunda soledad y mi aislamiento! Bien mirado, no encuentro ninguna razón bastante poderosa para seguir viviendo: ¿qué me une á la tierra? Nada; mis deberes de hija y de esposa ya los he cumplido; he perdido toda la felicidad á que yo podía aspirar en el mundo; soy pobre de consiguiente no puedo gozar como otros practicando la caridad; mi organismo está ya tan debilitado, que no puedo asistir á los enfermos y prodigarles consuelos: soy verdaderamente una hoja seca. Si es que hay ese Dios que dicen, bien podría acordarse de mí, y en esta hermosa hora, cuando el sol brilla con todos sus esplendores, en este lugar apacible y tranquilo, al pié de la tumba del hombre más bueno de la tierra, podría yo caer para no levantarme jamás. ¡Dejar de sufrir!... ¡dejar de luchar con esa sociedad maldiciente!... ¡no sentir el dolor de los recuerdos, no preocuparme por los días del porvenir!... Ya he padecido bastante; ya he comprado con ríos de lágrimas la calma y el reposo de la muerte: la paz del *no ser*, es una propiedad que he ido pagando á plazos y me pertenece por completo. ¿Por qué he de vivir? ¿por qué ha de prolongarse mi martirio? ¿por qué he de ir como el judío errante de la leyenda, andando siempre, sin encontrar reposo? Dios que tiene en su mano mi rescate, ¿por qué no me salva de la esclavitud del sufrimiento?....—Y seguí haciendo análogas reflexiones, deseando de todo corazón dejar la vida, porque en realidad la vida no tiene ningún atractivo para mí. Yo que-ria morir, no matarme; para matarse se necesita emplear una cantidad de fuerza, realizar una acción, consumir un hecho, y yo, en aquellos instantes, verdaderamente solemnes, había agotado toda mi energía, toda mi actividad. Permanecí largo rato hablando conmigo misma hasta que mi pensamiento se agotó. De pronto experimenté una sensación indefinible; mi cuerpo sufrió una violenta sacudida, como si una chispa eléctrica hubiese trazado en él un geroglífico luminoso; y no precisamente en mis oídos, pero sí en el viento, á gran distancia, me pareció oír una voz cuyo timbre no me era desconocido. Levanté la cabeza, que durante mi largo monólogo había tenido apoyada en el tronco del ciprés, y di algunos pasos como si quisiera salir al encuentro de quien me hablaba,—porque yo oía bien claramente que una voz muy lejana decía:—“¡Inés!... no merece reposo quien no emplea todas sus fuerzas en provecho y beneficio de la humanidad. ¡Dices que estás sola, habiendo tantos desgraciados á quien consolar! La batalla más gloriosa es la más reñida: el erial de la tierra se convertirá en un oasis, cuando sus moradores comprendan que las fuerzas para progresar no se gastan, ni se debilitan, ni se extinguen.”— Conforme iba escuchando aquellas palabras, sentía que mis miembros entumecidos se vigorizaban, que mi inteligencia despertaba de su atonía. Entonces, con la mirada puesta en la sepultura de mi inolvidable Jaime, me avergoncé de mí misma; sentí hasta remordimientos por haber querido morir. ¡Qué locura!—exclamé para mí misma,—¡qué ingratitud! ¡He querido dejar el lugar bendito donde he sido tan dichosa!... ¡donde he sido tan amada! ¡he querido abandonar la tumba del que me amó tanto! ¡Dejarla sin flores!... ¡sin los recuerdos de nuestro amor!... ¡Cuánto egoísmo en el corazón humano! Porque ya no soy dichosa, quiero abandonar á los que sufren



más que yo y me piden consejo en su agonía.—Abandoné aquel lugar, resuelta á no volver á pensar en la muerte mientras pueda ser útil á los que sufren más que yo.

¿Quién me habló en el cementerio? No lo sé: mi relato es verídico en la forma y en el fondo; yo no creo en nada, nada me ilusiona ni me seduce; pero es tan cierto que oí aquella lejana voz, como es cierto que nos encontramos aquí reunidos. Las explicaciones que podrán dárseme quizá no me satisfagan; pero la verdad del hecho me convence de que hay que decir como el sábio griego: *Solo sé que no sé nada*. Ahora, señores, os pregunto: ¿quién me habló?

Mis amigos se miraron unos á otros, y en aquella mirada podía adivinarse esta pregunta: ¿Quién le habló?

**Amalia Domingo Soler.**

## Los espíritus nunca se someten.

La iglesia estaba tan silenciosa y tranquila como los que duermen el último sueño bajo sus losas de piedra. La luz incierta y confusa, que filtraba á través de las vidrieras multicolores, parecia aumentar sus magestuosas proporciones, asi como el silencio acrecia la melancolía que inspiraba. Delante de mí tenia el altar espléndidamente decorado, con sus santos pintados de brillantes colores y sus dorados candelabros; á los costados, caballeros tallados en el mármol, santos varones con las manos juntas y la cabeza alzada hácia el cielo; bancos vacíos y sillas que esperaban la hora de la funcion anunciada. Algunas personas, ocupadas en sus devociones, se veian arrodilladas al pié de los altares, y otras, postradas al pié de los confesonarios, confiaban, en una intimidad repugnante, sus culpas, mejor dicho, sus secretos y los ajenos; á ese sér de negro ropaje y conciencia negra: al clérigo.

Me arrodillé á mi vez junto al altar, encorvé la cabeza apoyándola en las palmas de las manos, y me entregué, no á la oracion, sino á la meditacion.

Cuando en la iglesia, donde á la humildad se la llama soberbia y á la soberbia humildad, á la virtud vicio y al vicio virtud, á la caridad egoismo y al egoismo caridad, donde se adora al negro dragon de las tinieblas y se desprecia al Dios de la Luz, no se oye la voz del sacerdote imponiendo leyes á la conciencia y anatematizando la libertad del pensamiento, el templo es el lugar mejor para meditar sobre la religion.

Arrodillada al pié del altar, yo no rezaba, ya lo he dicho, reflexionaba, descendía lentamente por las espirales sin fin de la meditacion hácia el abismo sin fondo de todos los pensamientos, esto es, hácia lo infinito: y allí, entre el cielo y la tierra, encontraba una palabra que por sí sola lo llena todo: «¡Dios!» Esta palabra contiene la idea del sér cuya existencia no es para mí sino una ilusion, quizá la mas maravillosa, pero tambien la más vacía del pensamiento humano.

Educada por una madre piadosa en el seno de una familia cristiana, he respirado con la atmósfera las credulidades del hogar; me condujeron por la mano á la iglesia; me mostraron imágenes, misterios, altares, y me enseñaron oraciones, diciéndome: «Dios está allí.» Lo creí, porque entonces no tenia edad para examinar. Luego he dejado á un lado esos juguetes de mi infancia, para imaginar un Dios menos pueril que ese Dios de los tabernáculos cristianos ...

Hoy no es el Dios de mis abuelos ni el de mis padres el en quien yo creo; ese no es el Dios de la Naturaleza y de la ciencia. Yo creo en un sér que se revela en la forma y ley de todos los demas séres; creo en el Dios invisible que ha escrito su sím-



Todo en la naturaleza, su ley en nuestros instintos, su moral en nuestra razón: yo veo algo que no tiene figura, pero que es más hermoso que todo lo que he visto en mi vida, parece que me habla, pero no percibo su palabra; solo un eco; que no es tampoco eco, penetra dentro de mí y arrebató mi espíritu hacia una región donde no existen ni coronas, ni blasones, ni hábitos, ni sotanas, una región donde la energía, el valor, la grandeza por los sentimientos y el trabajo valen más que la cualidad y cantidad de los antepasados, donde no hay farsas, ni tiranos, donde el hombre por lo que es, por lo que hace, tiene nobleza y adquiere el derecho de mostrarse con la frente erguida ante todo el mundo.

Desde el día en que sentí latir en mi pecho un corazón, empecé á no querer las leyes tiránicas, y por lo tanto, odiosas; desde el día que he sabido lo que es la libertad, he conocido que era esclava y desde ese día muerdo mis cadenas antes de poder romperlas, he hecho mi espíritu libre, desnudándole de la creencia en la religión, y hoy no tengo ninguna de las supersticiones, ninguna de las debilidades de ánimo; ninguno de los escrúpulos que hacen doblar la frente de la generalidad de las mujeres ante otro juez que su conciencia.

¡Oh, mi gratitud será eterna para aquellos que, cediendo á mis ruegos, me han descubierto los velos de la filosofía, y han hecho brillar á mis ojos la luz viva de la razón y de la ciencia, en vez de la luz fantástica y pálida con que las supersticiones humanas iluminan las volutarias tinieblas difundidas de intento alrededor de sus pueriles divinidades!...

Aquí llegaban mis reflexiones, cuando la voz de una campana me anunció que había llegado la hora canónica. En efecto, bien pronto el órgano dejó oír una melodía dulcísima, cantaron, rezaron, volvió á oírse el órgano, y por fin, el predicador apareció en el púlpito y comenzó el sermón.

«En esas escuelas laicas—dijo el orador *sagrado*—¿sabeis qué enseñan á los niños?... Se les enseña hermanos míos, á no saber nada; aprenden, queridos oyentes, aprenden únicamente á blasfemar. ¡Oh! ilustrado auditorio, no lleveis vuestros hijos á estos centros: el ambiente que en ellos se respira es ponzoñoso, y de esas escuelas salen los niños con el corazón y el alma enfermos para siempre.»

Esas escuelas laicas, pensaba yo al oírle, son el iavernadero donde se conservan las flores de la inocencia y de la pureza: al abrigo del huracán destructor, del helado cierzo del catolicismo. ¡Pobres niños, sí, pero no los niños de las escuelas laicas, sino los niños de las escuelas católicas.

«Todos los males y congojas que hoy afligen y torturan á la humanidad—seguía el *sagrado* orador,—es por escuchar y seguir los consejos de ese racionalismo que hoy sostiene el imperio de la ciencia *impla*, planteada por unos insensatos, dementes, monomaniacos, que el mundo loco llama sabios; por creer á esos sofistas, mercaderes del engaño que presentan como posible la imposible idea de que la humanidad puede caminar *sola*, guiada por la *razón*, sin que para nada necesite el auxilio de la luz divina que irradia de la *cruz*. Esos hombres del racionalismo, queridos oyentes míos; esos hombres sábios, científicos, están poseidos del demonio. ¡Ah, ellos suponen que esto del demonio es pura invención y recursos ingeniosos para amedrentar y producir efecto! ¡Cuán equivocados viven!

»Vi una estrella, dice San Juan en su admirable *Apocalypsis*, que cayó del cielo á la tierra, y á la cual fueron dadas las llaves del pozo del abismo, y abriéndose las puertas de este abismo, salió de él una gran humareda como la que sale de los grandes hornos de fuego, y de entre el humo saltaron unas como langostas, á las cuales les fué dado poder para herir como hieren los escorpiones... Y la figura de estas langostas era como de caballos dispuestos para pelear, y sobre sus cabezas tenían unas



coronas de oro, y las caras eran humanas, y los cabellos, por lo abundantes, eran como si fuesen de mujer, y sus dientes formidables como los de los leones, e iban envueltos en una loriga de hierro, y el estruendo que producían sus alas infundía pavor, porque metían un gran ruido como de miles de carros y caballos que arremeten para pelear. Y tenían colas de escorpiones, y en ellas tenían agujones para herir.

»¿Qué estrella era aquella—pregunta Fray Luis, de Granada—que cayó del cielo, y á quien fueron dadas las llaves del abismo, sino aquel ángel tan resplandeciente que de allí cayó, y á quien fué dado el principado de las tinieblas? ¿Cuales aquellas langostas tan fieras y tan pertrechadas, sino las furias y amenazas de los otros sus coadjutores y ministros que son los demonios?

»Y fuéles mandado—añade San Juan—que no hiciesen daño en el heno de la tierra, ni en los árboles, ni en cosa verde, sino en solo aquellos que no tuviesen la señal de Dios en sus frentes.

»¿Cuáles las plantas verdes—añade Fray Luis de León—á quienes ni el Angel resplandeciente y caído, ni los demonios pueden dañar, sino los justos que florecen en el amor de la divina gracia y dan frutos de vida eterna? ¿Quiénes los que no tienen la señal de Dios sobre sus frentes, sino los que carecen de su espíritu, que es la señal de los siervos y la marca de sus ovejas?..

»Pues contra estos miserables se apareja aquel ejército de la divina justicia, para que en esta vida y en la otra sean atormentados por los mismos demonios á quienes sirvieron »

Así, e en términos muy parecidos, habló aquel que goza en llenar el universo de terroríficas influencias y el corazón humano de imponderables amarguras, aquel que no se cree insensato, ni demente, ni monomaniaco, aquel sér mal intencionado que sostiene el misterio y abandona y desecha la razón, ¿por qué?... Pues, porque donde hay razón no hay misterio ninguno; ¡no hay más que la ciencia que disipa toda oscuridad! La razón es el alma, y no pueden buscarse los movimientos del alma donde no hay razón.

¿Puede la razón admitir sin protesta la absurda explicación, que citando á San Juan, Fr. Luis de Granada y Fr. Luis de León, se hace sobre la existencia ó no la existencia del diablo?

Dejo á mis apreciables lectores la contestación de esta pregunta, así como los comentarios que gusten hacer á la fantástica pintura del diablo y sus ministros.

En fin; ¿á qué enumerar todo cuanto por espacio de nueve dias se ha dicho, sobre todo en contra del racionalismo, y en particular de la ciencia y la sabiduría, por quien olvida, según lo visto, que á la sabiduría y la ciencia debe los conocimientos, los talentos que pueda poseer?...

Respecto á la impresión que en mí producen los sermones en que se dicen cosas por el estilo de las citadas, os diré que me río y me reiré siempre de los absurdos que sostiene el catolicismo, de la indignación de los católicos contra nosotros y de la cólera de su Dios; porque no pudiendo ni ellos ni él vencer á una débil mujer, son bien claros los ningunos favores que tienen del cielo para adquirir prosélitos á su religión.

¡Séres fanáticos! ¡En verdad, se diría, que deslumbrados por algún brillante meteoro, no os apercibís del abismo abierto á vuestros piés! ¡Vuestra conquista no será la que deseais, y en la hora del desencanto pisotearéis con furor vuestros laureles!

Y vosotros, los que os disfrazáis con plumas de paloma y descubris garras de gavilán, ¿qué conseguiríais si intentárais realizar la descabellada idea de reducir el león á manso cordero?

Nada absolutamente, nada. ¡Imposible tornar religioso á aquel que ha considerado



á la Iglesia bajo su verdadero punto de vista. ¡Espíritus débiles! ¡Persuadios de lo que son esos seres á quienes escucháis como oráculos, y lo que son los verdaderos hijos de una creencia contra la cual truenan con razón, porque es la que más se opone á sus miras ambiciosas y egoistas! ¡Estudiad!... ¡Examinad!... ¡Observad!... Y cuando estéis convencidos de la verdad de las doctrinas librepensadoras, si queréis conquistar vuestra libertad de hombres, vuestros derechos sagrados, no olvidéis que los obstáculos se vencen, los muros se derriban y las cadenas se rompen: tened siempre presente que los corazones son libres, y los espíritus nunca se someten.

ESPERANZA PEREZ.

---

## A GIORDANO BRUNO.

---

Abandonó el convento  
el jóven dominico, convencido  
de que no puede ahogarse al pensamiento  
si á su voz la razon ha respondido.

Este deber sagrado,  
este derecho humano, imprescriptible,  
el clero intolerante y despiadado  
condenó con la saña mas terrible.

Que donde quiera que una idea nace,  
casi siempre un error caduca y muere,  
y si aquella á los buenos satisface,  
á éste el tirano y déspota prefiere.

Envuelto en un proceso,  
que tuvo por fiscal al retroceso,  
y que instruyeron ódios y rencores,  
vicios, entre los malos, los mayores,  
Giordano Bruno, grande, persistente  
en darle á la razon culto sagrado  
y al pensamiento esfuerzo ilimitado,  
desafió las iras de esa gente,  
que en los tiempos pasados y el presente  
el natural derecho ha atropellado.

Estimó como crimen horroroso  
la Inquisicion, llamada entonces santa,  
el poder de aquel génio prodigioso  
que á la verdad altares le levanta.  
Y negando en sus ódios mas profundos  
la afirmacion científica llamada  
pluralidad de mundos,  
no por Dios revelada,  
en el estudio fija y encontrada,  
la acusacion formula  
de herético y malvado,  
impío y sin conciencia,  
contra aquel pensamiento iluminado,  
con la razon excelsa de la ciencia.

El filósofo ilustre sujetado  
al potro, á la tortura y al tormento,  
(manchas negras horribles del pasado,)  
no exhala ni un lamento;  
majestuoso y grande en lo infinito



de su espíritu, libre parecía  
que al tribunal que juzga su delito  
le acusa de feroz hipocresía.  
Y al leerle la sentencia  
les replicó: Os perdono;  
yo no tiemblo, y temblais en mi presencia;  
con vuestro mismo encono  
forma raro contraste mi inocencia.

Y en el campo de Flora, ante un gentío,  
pueblo ignorante, abyecto, torpe, impío,  
entre las llamaradas de aquel fuego  
que el Santo Oficio sostenía ciego,  
Bruno sufrió tranquilo en sus martirios,  
libre de fanatismos y delirios,  
la muerte material, sereno, en calma,  
proclamando en aquel triste momento  
la augusta paz del alma,  
la hermosa libertad del pensamiento.

El acta acusadora  
la levantó la ciencia soberana,  
y entonces, como ahora,  
lanza protestas la conciencia humana.  
Y aunque la iglesia ciega, intolerante,  
extrema sus rigores,  
la expiación se acerca á cada instante  
en el odio á sacrílegos errores.

Hollad, hollad el despotismo neo,  
Averroes, Servet y Galileo,  
que con Giordano Bruno disteis bríos  
á la idea negando á los impíos.  
Pasad ante la historia,  
numerosa legion del pensamiento,  
para vivir eterna en la memoria  
de la humana razón que os dió su aliento.  
Entre nimbos de gloria  
vuestro espíritu siempre resplandece,  
que el hijo de la luz con el progreso  
por siglos de los siglos os ofrece.

No con círios ni ofrendas engañosas  
su culto os rendirán los pensadores;  
exaltarán verdades tan hermosas  
cual aquellas que os dieron sus dolores.  
Seguirán vuestras huellas luminosas,  
apóstoles serán de las doctrinas,  
de un libre exámen justo y razonado  
en esencia tan grandes y divinas;  
llenarán un deber, el más honrado,  
de pensar libremente,  
obligado programa del presente;  
y pues que así les plugo  
á las eternas leyes del progreso,  
al vuestro seguirá nuevo proceso  
condenando al verdugo  
que os inmoló inhumano.  
¡Gloria á vosotros que la bestia fiera  
os dió por suerte la espantosa hoguera!  
¡Gloria al ilustre nombre de Giordano!  
Su ejemplo nos dará una nueva era,  
donde en vez de una Iglesia dominante  
se asentará la libertad triunfante.

LUISA CERVERA.

Valencia.—Junio 1889.

Imprenta de Cayetano Campins, Santa Madrona, 10.—Gracia.